

1988

Retorno del cine; Mar de los Sargazos; Oscars; Melibea y el poeta

Luis Aviles

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>



Part of the [Fiction Commons](#), [Latin American Literature Commons](#), [Modern Literature Commons](#), and the [Poetry Commons](#)

Citas recomendadas

Aviles, Luis (Otoño 1988) "Retorno del cine; Mar de los Sargazos; Oscars; Melibea y el poeta," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 28, Article 16.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss28/16>

This Creación is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

LUIS AVILES

Retorno del cine

Descalza anda la luna entre barrotes.
Desmentidas las estrellas que imitan
al Profeta entre las aguas.
Hay ritmo de sexo en las gargantas.

Descalzas van todas, siguiendo la linterna.
Los ojos se expanden en el trópico,
se crecen las ventosas faciales,
y sin embargo no se detecta al Fauno
agazapado entre la niebla.

Hay miedo a cabalgar en la noche,
a convertirse en la grupa de un chancro monopolio.

Nosotras bajamos la cuesta,
y ni el asfalto protege.
¿Vale la pena ir al cine?
No puede saberse hasta que acurrucas
el cuerpo entre las sábanas.
Los Faunos esperan entre dientes,
entre uñas negras de carne coagulada.

Ser nosotras es un riesgo.
La noche no es un retorno de semilla,

ni una velada entre las nubes.
Ser nosotras es desvelo y atención,
carrera y sudor de nerviosismo.
Ir al cine de la plaza, como un viaje distante,
y la vela rota,
y el mar atestado de piratas.

Se acelera el paso,
con una bolsa de miles de casos periodísticos al hombro.
Se ha entornado la espalda,
de nosotras;
se ha desfallecido entre los nervios,
de nosotras.

El Fauno sabe que es abril,
que es primavera cada noche.

Mar de los Sargazos

El albatros cae de los mástiles y cuerdas,
posando la gran cruz desfallecida en las espaldas del madero.
Los vientos han deshecho la jornada entre la espuma,
huyendo del hedor de algas descompuestas.
Las trenzas enredadas, como si el mar no quisiera
que horadaran su propia tranquilidad,
se abrazan como hiedra a los cuerpos inertes,
que angustiados parecen inclinar sus soberbios mascarones.
Fastidio de la quietud.
Maldad del sol en la piel.
Desesperación de hombres blancos
de una sal que nunca saldrá de sus poros.
Los mapas y astrolabios parecen reliquias
de una era en que su sentido era concreto entre dos manos.
Es aquí donde las miradas de todos han quedado,
donde los posibles saltos
de las Costas de Marfil y las Vinlandias
tienen que esperar la arena eterna
para quizás llegar al aroma de los pinos
en las distantes y vírgenes llanuras.

La visión de un ser a otro está empozada
en la distancia de nuestras caras,
en ese pozo en que siempre
se carece de un roce esquivo de la esencia.

Oscars

Soy tu Dios; o pienso
en la violencia y sacrificio de un proveedor.
Mirar y pedir la cabeza de un Tolteca
cuando el sol se desangra en la ventana.
El siervo es máquina perfecta,
boca perfecta, suavidad de agua,
fluidez de aire.
¿Qué poderes tienes tú,
huyendo entre colmillos de fuego,
entre branquias de rojo homicida?
Estilo de masticar un cuerpo,
estilo suave y sereno de inteligencia,
al saber el Dios que una cultura
se traga a la otra,
cuando el océano es demasiado pequeño
para un simple indio periférico,
que tiene de vecino a todo un
continente altanero de sed arterial.

Es sólo cuestión de prioridad.
Es sólo una muerte más entre cristales.

Melíbea y el poeta

Caer siempre a la deriva
de un viento suave
que te empuja hasta el vacío de tus pasos.
Tus cabellos no atraparon su descenso;

tus manos dislocadas no pudieron...
tus labios no sorbieron su último aliento.
Bajo el marco sombrío de cipreses,
cansado de subir,
cayó tu deseo en desatino.

Mañana, en temprano sol,
saldrá Lucrecia a limpiar
el fuego de amor en las paredes,
aliviando el dolor de los muros.

Mañana, existe un mañana
en la mente de un cantor lejano
que aperece su propia muerte.
Bajará en versos la impresión
de un atardecer marchito,
y en la pluma de un mirlo
caerá el pliego envuelto entre rosas.